

ACTITUDES ANTE LA VIDA

Andrés Ortiz-Osés¹
Universidad de Deusto (España)

La vida se proyecta como amor expansivo, y se introyecta como dolor impansivo: no hay amor sin dolor, dolor de amor, duelo de existir. El duelo de existir se ejercita entre el eros vital y el antieros mortal, porque nuestra existencia es la vida abocada finalmente a la muerte.

Ante la existencia, que es lo vital mortal, caben tres actitudes fundamentales: la actitud optimista, la actitud pesimista y la actitud “optimopesimista”, típicamente ambivalente.

1

(Actitud optimista)

La actitud optimista ante la vida es la actitud positiva y aún positivista o buenista. Es la actitud clásica y aún clasicota, por cuanto ve la unidad de lo

[1] (andres.ortiz-oses@deusto.es) Estudió Teología en la Universidad Pontificia Comillas y, posteriormente, Filosofía en la Universidad Gregoriana de Roma. Más tarde se trasladó a la Universidad de Innsbruck (Austria) donde se doctoró en filosofía hermenéutica. En Innsbruck asistió a las clases de Gadamer, Emerich Coreth y Franz-Karl Mayr. Ha colaborado con el Círculo de Eranos (Suiza), inspirado por Carl Gustav Jung y del que han formado parte Karl Kerényi, Mircea Eliade, Erich Neumann, Gilbert Durand y James Hillman entre otros.

Es fundador de la hermenéutica simbólica. De ella se ha dicho que proporciona un giro a la disciplina originaria de Alemania, por el que “la razón clásica se convierte en razón-sentido, una razón sensible o sensual propia de una filosofía sudista, latino-mediterránea e hispano-americana, caracterizada por una razón afectiva”.

La revista *Anthropos* le ha dedicado un número monográfico. Es miembro de honor de la Sociedad Española de Psicología Analítica. Es director de la colección *Hermeneusis* de la editorial *Anthropos*. Ha sido profesor de las universidades de Zaragoza, Pontificia de Salamanca y Deusto, donde es catedrático de filosofía.

En su trayectoria ha realizado la intersección entre la escuela de Heidegger (hermenéutica) y la escuela de Jung (Círculo Eranos). El resultado es una Filosofía del sentido.

real y su verdad, la belleza de lo real y su bondad. Todo lo real es racional decía Hegel: estamos en el mejor mundo posible, afirma Leibniz.

El optimismo clásico procede de un cruce entre la Biblia y la filosofía griega. El Dios bíblico vio que su creación era buena, y tanto Platón como Aristóteles confirman la bondad primigenia del ser, solo maleada accidentalmente este mundo. La sustancia de lo real es racional, lo irracional es accidental. El bien triunfa en consecuencia sobre el mal, como el héroe clásico triunfa tradicionalmente sobre el dragón maligno.

Esta actitud positiva o positivista acaba en el dualismo de la vida contra la muerte, del bien contra el mal, de Dios contra el diablo. El propio Epicuro piensa que mientras hay vida no hay muerte, porque cuando llegue la muerte ya no hay vida. Esta visión epicúrea propicia un idealismo que está hoy en moda, especialmente en los aledaños de la New Age y alrededores. En donde se festeja una idea evanescente y flotante de la existencia humana, ajena a su negatividad y límites.

La actitud optimista desemboca fácilmente en una vivencia deletérea de carácter mágico, en la que se confunde la felicidad con los efluvios anímicos más etéreos. Ahora bien, una cosa es la apertura positiva de la vida desde su encallamiento en tierra al mar abierto, y otra anegarse místicamente en las brumas marítimas presuntamente deliciosas. El problema del optimismo es que resulta enemigo de lo bueno, pues es un buenismo que no tiene en cuenta el mal, así como el positivismo no asume lo negativo. Así se recae en un idealismo romántico, cuya idea no se corresponde con la realidad. Por cierto, no hay que olvidar en este contexto que al optimismo exagerado suele suceder por abreacción un pesimismo desahogado.

La apertura positiva es buena, pero la apertura positivista o buenista es mala, pues es incapaz de asumir la maldad críticamente.

2

(Actitud pesimista)

Si el optimismo es un extremo, el pesimismo es el otro extremo que piensa el mundo negativamente como malo. Aquí se junta la gnosis oriental y el pensamiento trágico griego, el pesimismo de Schopenhauer y el existencialismo del absurdo de Sartre, así como el nihilismo que arriba a Cioran. Nos las tenemos con una revisión draconiana de la realidad, según la cual no vence decisivamente el héroe sino el dragón encarnado por la muerte. El héroe vence batallas, pero la guerra es ganada por el dragón. En su insensatez el hombre piensa que se va a tragar el mundo, pero finalmente es tragado por el dragón/tragón.

La muerte plantea así a la vida su límite irracional y su destino oscuro, su tope mortal. Pues no es que nos muramos meramente al final, como piensa Epicuro, sino que nos vamos muriendo poco a poco, a través de límites, obstáculos, enfermedades y sufrimientos. Por otra parte, no se trata solo de la muerte, sino de morir de mala manera: y todo morir se realiza malamente. La contingencia nos cerca y la finitud nos acerca al morir de la muerte. Somos moribundos en potencia, como los gladiadores romanos, y saludamos con el pulgar abatido.

La melancolía puede anidar en la actitud pesimista ante la vida, una melancolía lúcida que puede desembocar en la depresión negra y tortuosa. Sin embargo, la visión oscura de la existencia no debería acabar en oscurantismo psicológico, sino que podría provocar una sana reacción o abreacción. Ese es el caso de Cioran cuando afirma que la meditación lacerante del suicidio le ha evitado la realidad lacerada del mismo, así como también el hastío le ha acabado conduciendo al hastío del hastío.

La positividad del positivismo está en abrirnos el espíritu más allá de la realidad dada a través de un suplemento optimista; pero la negatividad del positivismo está en dejarnos colgados arriba sobre el abismo de la realidad abajo. Por su parte, la positividad del negativismo radica en oscurecer o enturbiar la transparencia ideal de lo real, haciéndonos más realistas; pero su negatividad radica en el negativismo al ultranza. Deberíamos entonces buscar la mediación entre el optimismo expansivo y el pesimismo impansivo.

3

(Optimopesimismo)

El optimismo del bien se topa con el tope del pesimismo del mal, y viceversa. Se trata de dos extremos que se correlativizan mutuamente, y cuya mediación resulta clave para remediar nuestra auténtica actitud ante la vida. La cual sería la actitud de un “optimopesimismo”, o sea, de un optimismo o positivismo que tiene en cuenta el pesimismo o negativismo y, por tanto, abierto a su compensación; así como de un pesimismo o negativismo abierto al optimismo y, por tanto, que lo tiene en cuenta compensatoriamente.

Nos las habemos así con oposiciones complementarias. Nuestra labor psicológica consiste en re-mediar los contrarios y coimplicar los opuestos en una compostura medial y relacional. Asumimos entonces una actitud de ambivalencia, palabra que significa “doble valencia”, porque la realidad es positiva y negativa, buena y mala, vital y mortal. Podemos hablar de una dialéctica de los contrarios, que yo suelo traducir o interpretar como “dualéctica” de los opuestos compuestos.

Una tal composición de los opuestos resulta oscilante y constituye una trama abierta. Para que esta trama no resulte traumática o contradictoria, es necesario reconvertirla en drama o dramática humana, ya que el hombre oscila melodramáticamente entre los contrarios contractos o coimplicados relacionales. Esto quiere decir que lo positivo —el bien- y lo negativo —el mal- no son absolutos o excluyentes, sino cómplices existenciales. Por eso el bien debe abrirse al mal para trasfigurarlo, mientras que el mal debe abrirse al bien para sublimarse.

La lucha entre el héroe del bien y el dragón del mal no se decide unilateralmente en favor del uno o del otro, sino que es una lucha entre los extremos a mediar y remediar. El punto medio virtual/virtuoso es el amor de los contrarios, una filosofía compresente tanto en el taoísmo del yin-yang como en el cristianismo del amor a los enemigos. Ha sido el físico Niels Bohr quien mejor ha comprendido semejante mediación de los contrarios en su lema de los contrarios como complementarios (*Contraria sunt Complementa*). Por su parte, el maestro C.G.Jung titula su obra magna “El misterio de la conjunción” (*Mysterium coniunctionis*).

Como decía E. Trias sobre caminos filosóficos, lo sublime es la conjunción de lo bello y lo siniestro. Lo sublime menta el sentido de la vida, o sea, el sentido existencial, el cual dice asunción del sinsentido mortal. Y es que finalmente el héroe muestra su naturaleza mortal, mientras que el dragón muestra su naturaleza humanizable.

4

(Sentido y sinsentido)

Hemos hablado de la actitud optimista o pesimista ante la vida, pero tras nuestro discurso hablamos de una actitud optimista y pesimista, optimo-pesimista, de un optimismo que asume el pesimismo mortal y de un pesimismo que asume el optimismo vital. A partir de nuestra mediación no cabe hablar de un optimismo puro sino impuro, o sea, de un optimismo trágico; y tampoco cabe hablar ya de un pesimismo impuro sino purificado, o sea, de un pesimismo cómico. El optimismo trágico asume lo peor para tratar de sacarle algún sentido; por su parte el pesimismo cómico asume el humor como corrosión de la propia corrosión.

El caso es que no podemos superar el sinsentido y el mal, pero podemos “supurarlos”. Tampoco podemos acceder a un supersentido, como querría V. Frankl, pero sí a un sentido que asume el no y lo negativo, componiendo así la consonancia disonante del sí y del no, o sea, del si-no o sino, destino o destinación de nuestra coexistencia. Ahora bien, como adujo Einstein, plantear el sentido de la existencia es adoptar una actitud religiosa, por lo que plantear

el sentido y sinsentido de la existencia es adoptar una actitud religiosa y secular, de religación de los contrarios: los cuales son significados tradicionalmente como Dios y el diablo.

La Canción de la tierra musicada por Mahler acaba en un acorde sin resolver, un acorde no resuelto y por lo tanto abierto. La apertura es siempre la clave del sentido, capaz de asumir el sinsentido proyectivamente. Por eso Laín Entralgo redefinía la enfermedad como una prueba y un reto, como un desafío existencial. Sin embargo, lo más intrigante de nuestro médico humanista es que colocaba a Dios no solo como el fundante sino como el desfundante, o en su terminología, como el “vulnerante”, tal y como se muestra en nuestra muerte. En el cristianismo el Dios de Jesús es el fundante de la vida y el desfundante, el Dios de la vida y también de la muerte, el Dios que abandona al propio Jesús en la Cruz. En palabras de Laín Entralgo: “Dios no es para el hombre sólo lo “fundamentante” y lo “abarcante”; para confusión y dolor del alma humana, Dios es también lo “vulnerante”, y así lo muestra la enfermedad” (Experiencia de la vida, pág.93).

En la mística Dios es el vulnerante o hiriente, y el hombre es el ciervo vulnerado o herido por el Dios.

5

(Conclusión inconclusa)

El sentido de la existencia está en vivir la vida de atrás adelante, de la vida a la muerte, asumiendo el sinsentido críticamente. Pretendemos el sentido puro, como si el sentido no tuviera una relación dialéctica/dualéctica con el sinsentido, el cual representa la sombra y lo sombrío respecto a la luz vital, la otra cara y el contrapunto. De aquí la necesidad de re-mediar los contrarios y coimplicar los opuestos a través de la trama conflictiva de la vida y de la muerte, en una coexistencia humana humanizada.

Como hemos apuntado, es propio de lo sagrado del sentido existencial la compresencia de lo luminoso y lo oscuro, de la expansión vital y de la impanción mortal, de eros y antieros. Por eso el ser, símbolo del sentido en Heidegger, aparece como fundante y desfundante de los seres o entes. Esta dualidad de los contrarios reaparece en el propio Dios, personificación del sentido existencial, cuando se concibe como fundante y desfundante, vida y muerte, tal y como se muestra en la pasión de Jesús.

(Epílogo existencial)

En la literatura universal pueden observarse nuestras tres actitudes fundamentales ante la vida en novelas o poemas.

Por una parte está la actitud optimista o heroica de tipo ascensional, solar y activa, representada por la lucha finalmente victoriosa del héroe contra el dragón, como en el poema de Mario Benedetti “No te rindas”, en el que la lucha es de aguante vencedor:

*No te rindas, aún estás a tiempo
de liberar el lastre, retomar el vuelo.
No te rindas que la vida es eso,
correr los escombros y destapar el cielo.
No te rindas, por favor no cedas,
aunque el frío queme,
aunque el miedo muerda,
aunque el sol se esconda y se calle el viento.
Porque existe el vino y el amor, es cierto,
porque no hay heridas que no cure el tiempo.
Vivir la vida y aceptar el reto,
celebrar la vida y retomar los cielos.
No te rindas, por favor no cedas,
porque no estás sola,
porque yo te quiero.*

El poema plantea el no rendirse de un modo que supera tanto el resistir propio del “Resistiré” de la canción del Dúo dinámico, como el sobrevivir propio del “Sobreviviré” de la canción de Mónica Naranjo. Es cierto que este no-rendirse de Benedetti se funda finalmente en el amor –“porque yo te quiero”-, aunque por desgracia a estas horas el Benedetti amante está muerto y ello ya no sirve tanto.

Está bien resistir, pero no tan heroicamente, porque esa resistencia tiene un tono machista, aunque vaya dirigida a una mujer o precisamente por ello, ya que el hombre-varón parece proyectar una lucha masculinista que deja baldío o baldado. Con esa bravura queda oscurecida la típica lucha femenina más asuntiva, caracteriza por encajar la adversidad y procurar su encaje, asunción articulación. En este sentido prefiero el poema más asuntivo o anti-heroico de Miguel Hernández “Con tres heridas”:

Llegó con tres heridas:

*la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

Con tres heridas viene:

*la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.*

Con tres heridas yo:

*la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.*

Estas tres heridas radicales cambian de sitio y ocupan diferente lugar, pero no se cierran ni se curan, no se encierran en su encerrona ni se autoafirman heroicamente, sino que quedan abiertas, encajadas y asumidas. Cambian de orden de aparición, pero no son mera apariencia sino aparición del ser real, de la realidad existencial. El poeta plantea su coafirmación, pero no una resistencia, una resistencia si acaso pasiva, ya que sobreviven a todo porque definen al hombre íntegramente. Cabría hablar entonces de rendirse a semejantes heridas existenciales, ya que definen la esencia de nuestra existencia. Rendirse para sacarles rendimiento humano, podríamos decir, supurar estas heridas que no podemos ni debemos superar. Esta sería la típica respuesta antiheroica o descensional, nocturna o mística, ya no heroica sino dracontiana.

A partir de este giro hermenéutico, cabe plantear nuestra tercera actitud de carácter sintético o dialéctico, mediador y transversal, coimplicativo de los contrarios o contrastes. Ofrezco como ejemplo de esta actitud sintética o mediadora el precioso poema de José Agustín Goytisolo “Palabras para Julia”, musicado bellamente por Paco Ibáñez y cantado en solitario junto a un chelo que gime lánguidamente. En este poema el autor anima a su hija Julia a proseguir el complicado camino de la vida, a pesar de los pesares. Aquí no se esconde lo que la vida es en su crudeza: un laberinto de perdición, pero también de belleza, amor y amistad:

*Tú no puedes volver atrás
porque la vida ya te empuja
como un aullido interminable
interminable.*

*Te sentirás acorralada
te sentirás perdida y sola
tal vez querrás no haber nacido
no haber nacido.*

*Pero tú siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso.
La vida es bella ya verás
como a pesar de los pesares
tendrás amigos, tendrás amor,
tendrás amigos.
Nunca te entregues ni te apartes
junto al camino, nunca digas
no puedo más y aquí me quedo...*

Lo dramático de este poema/canción es que el padre de Julia —el poeta J.A.Goytisolo— avisa a su hija de los peligros de la vida, pero le exhorta a no abandonar el camino y a no quedarse al margen de los demás: los otros caminantes. Sin embargo, el propio escritor avista que no tiene una solución mágica o salvadora al respecto, ya que él mismo está en medio del camino de esta dura vida, para decirlo dantescaamente. Y, en efecto, el propio Goytisolo sufrirá la desventura vital al caer por el balcón de su casa accidentalmente (según su familia) o bien al arrojarse por dicho balcón en estado depresivo (según sus amigos).

Nos queda la palabra: nos queda el impresionante poema del padre, la impresionada música de Paco Ibáñez y la impresionista figura de la hija Julia, hoy símbolo y síntesis vital de esta dramaturgia existencial.

7

(Bibliografía mínima)

- Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.
Epicuro, *Carta a Meneceo*.
Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*.
Cioran, *Breviario de podredumbre*.
C.G.Jung, *Mysterium coniunctionis*.
P. Laín Entralgo, *La enfermedad como experiencia*, en: *Varios, Experiencia de la vida*. Madrid: Alianza, 1966.
V. Frankl, *El hombre doliente*.
L. Rojas Marcos, *Nuestra incierta vida normal*.
A. Cortina, *Ética civil y religión*.
M. Hernández, *Con tres heridas*; M. Benedetti, *No te rindas*.
J.A. Goytisolo y P.Ibáñez, *Palabras para Julia*.
A.Ortiz-Osés, *El duelo de existir*.